

tenido que decir que sí pero que no le había dicho nada de los papeles que le había dado. Romerales tampoco había preguntado por ellos. «Ahora llamará ese pesado», piensa Pepe. Efectivamente, en ese momento suena el teléfono:

—Dígame, Romerales —dice Pepe al descolgar.

—¿Cómo sabía que era yo? —pregunta extrañadísimo Romerales.

—Mariano, no olvide que soy un buen detective.

—Primero, no me llame Mariano. No soporto que me llame así. Segundo, me han dicho en la revista *Entrevista* que usted está investigando la muerte de Oneto.

—El asesinato, querrá decir.

—Sí, eso, el asesinato de Oneto. Ya sabe, Pepe, que tiene la obligación de explicarle a la policía todo lo que sabe sobre este extraño asunto.

—¿Qué quiere decir con eso, Romerales? ¿Que la policía todavía no sabe nada?

—Me parece que ha quedado muy claro lo que quiero decir. Aunque la policía sepa más que usted, usted tiene que ayudarnos explicándonos todo, absolutamente todo lo que haya descubierto.

—Tengo la impresión, Romerales, de que en este caso está usted más despistado que nunca.

—Ya empezamos con los insultos. Se acordará de eso, se lo aseguro.

* * *

Aunque a Pepe le horroriza viajar en avión, es-